gelio de San Juan, y que se prevenga con ecsorcismos particulares diciendo: *Bestia ruin, en nombre de Jesucristo te ordeno que te alejes de mí y no me atormentes mas.* Por último, exhortadle á hacer con frecuencia actos de humildad interiores y esteriores, porque el Señor suele permitir este género de tentaciones, para curar el alma de un orgullo secreto.

CONTINUACION.—257. Pero la mayor dificultad consiste en curar al penitente que consiente en sus acciones, ó tal vez las apetece. Es difícil que los de este carácter se conviertan sinceramente, porque por un lado el demonio ha adquirido cierto imperio sobre su voluntad, y por otro son demasiado débiles para resistir; necesitarian una gracia estraordinaria, que dificilísimamente concede Dios á tales malvados. Con todo, si encontrais á alguno, no desconfieis: tratadle con la mayor caridad, y reanimadle diciéndole que donde no hay voluntad no hay pecado, y que siempre que resista, no peca. Empezad por hacer á lo menos el ecsorcismo privado contra el demonio, que ciertamente es lícito (1), de esta manera. *Ego, ut minister Dei, præcipio tibi, aut vobis, spiritus immundi, ut recedatis ab hac creatura Dei.* Preguntad luego al penitente si ha invocado alguna vez al demonio ó hecho algun pacto con él, si ha renegado de la fé, ó practicado alguna accion que sea contraria á ella. Preguntadle bajo qué forma se le aparece el demonio, si como hombre, muger, animal ú otra criatura, porque entonces al pecado contra la castidad y contra la religion, se junta el de fornicacion ó sodomía, ó incesto, adulterio ó sacrilegio efectivos. Preguntadle en qué lugar y en qué tiempo ha tenido semejante comercio. Despues, le manifestareis toda la enormidad de su culpa, y le exhortareis á convertirse sinceramente, y hacer una confesion íntegra, porque los penitentes de esta clase, ocultan con facilidad sus pecados. Por último, le indicareis los mismos remedios propuestos mas ariba; recurrir con frecuencia á Dios y á la Vírgen, pronunciar á menudo el nombre de Jesus y de María, hacer uso del agua bendita y de la señal de la cruz, y llevar consigo alguna reliquia y el libro de los Evangelios; en fin, usad el ecsorcismo privado como queda susodicho. Diferireis la absolucion al penitente; pero le obligareis á volver frecuentemente, para ver cómo resiste los asaltos del demonio, y cómo usa el remedio, y no le absolvereis sino despues de una larga prueba, porque en esta materia, segun ya se ha dicho, es raro que las conversiones sean verdaderas, y rarísimo que sean perseverantes.

[1] N. 103, de adjud. ibid. núm. 4.

CAPITULO III.

CON LAS PERSONAS FAVORECIDAS DE GRACIAS ESTRAORDINARIAS.

ADVERTENCIAS GENERALES DE SAN FRANCISCO DE SALES SOBRE LA CONDUDTA DE LAS MUGERES.—258. (*Vida de San Francisco de Sales*, página 132.) San Francisco de Sales, poco tiempo despues de haberse consagrado obispo, declaró á su confesor que Dios le habia inspirado un ardiente deseo de trabajar en la salvacion de las almas, y que habia visto como en un cuadro todos los aspectos y semblantes de la virtud que se requiere en cada condicion. Como su vida era una vida comun, y podia por medio de

sus instrucciones ser útil no solamente á los hombres, sino á las mugeres, cuya piedad ha sido siempre el fundamento de los Estados y de la religion, Dios le dió una habilidad incomparable para instruirlas en las virtudes mas sólidas, y enseñarlas que el heroismo cristiano no es incompatible con la flaqueza de su secso y la delicadeza de su temperamento. ¿Qué prueba mas auténtica pudiera yo dar de esto que esa Filotea, que enseña todos los dias á tantas damas cristianas, y les propone una virtud tan dulce y una devocion tan grata que apenas puede verse sin prendarse de ella? Esto movió á una señora muy noble y virtuosa á escribir al santo prelado en estos términos: "He leido seis veces en un año vuestra Filotea: no sé si su conversacion me ha hecho mejor; pero á lo menos quisiera parecerme á ella. Tambien he leido hace un mes todo vuestro Teótimo, y he aprendido que el amor de nuestro buen Dios no es de la naturaleza de los del mundo y la corte. Voy, pues, á procurar arreglar mi vida por la de vuestra Filotea, y á no amar, como Teótimo, mas que á Dios ó por Dios, y segun su santísima voluntad. Os pido que me asistais con vuestras oraciones, y me deis algunos consejos particulares. Por lo demas, yo no os haria esta peticion si no estuviera ciertísima de que Dios os ha abierto el libro de las ciencias, y que declarándoos mi nombre, os descubro quién soy y todo lo que pasa en mi interior. Ademas, encuentro vuestras prácticas y devocion tan ajustadas á mi temperamento y á la flaqueza de mi secso, que no creo podais recomendarme ninguna cosa que no me sea muy fácil cumplir.

"Conozco muchas señoras que tienen la dicha de vivir bajo vuestra santa direccion, y me han asegurado que Dios os ha hecho nacer en este siglo para enseñarnos la virtud, y que de nosotros dependerá el ser santas, si queremos seguir las suaves leyes de vuestra santidad. Por mi parte, os elijo por mi buen padre y director, y os juro que queriendo ser toda de Dios, me propongo ser vuestra querida hija segun Dios.

"Adios, mi muy amado padre y señor, continuad haciendo, segun empezais, tantas santas como mugeres hay en el mundo."

No puede desearse otra cosa al concluir esta carta, que la respuesta de nuestro santo, en la que me persuado que encerró todo lo que puede servir para la conducta espiritual de una muger; pero ya que no ha podido hallarse, continúa el padre Talon, es menester contentarse con que yo responda á todas las mugeres de parte del santo prelado, y les dé una direccion general, cuyos puntos todos están sacados de sus escritos.

CONTINUACION.—259. Primeramente, como la devocion de las mugeres está muy sujeta á la inconstancia, trataba de afirmar su juicio y fijar su voluntad, para mantenerla en un estado de perseverancia.

En segundo lugar, las ejercitaba mas en la práctica de las virtudes que en la contemplacion, y las hacia servir mucho tiempo á Dios en la vida de Marta antes de admitirlas á la de María. Su máxima era que convenia acercarse á Jesus antes de unirse con él, y que era menester servir á un maestro tan bueno, lavar sus piés con lágrimas y enjugarlos con los cabellos, antes de reclinarse en su seno y descansar con él en la union del santo amor.

En tercer lugar, desterraba todo lo que puede hacer ridícula ó aborrecible la devocion, y decia que Dios y la virtud no pueden estar en una alma sin que el prójimo sienta alguna dulzura. Eso no

quitaba que dejase correr las lágrimas que los ojos acostumbran verter cuando el corazon está lleno del amor santo; pero queria que corriesen blandamente y como aquel rio de las Indias que sale de madre por las noches, y al nacimiento del sol se detiene, ó á lo menos parece que no se atreve á correr sino imperceptiblemente.

La cuarta condicion que deseaba en la virtud de una muger, era una gran simplicidad; y solia decir que el disimulo es como una cantárida que acostumbra agarrarse á la dulzura de su natural para pervertirle, añadiendo que una vez que las mugeres pueden desterrar la hipocresía y los disfraces, son mas fuertes que los hombres en su devocion. Mas como su simplicidad puede degenerar fácilmente en simpleza y hacerlas caer en ilusiones, queria que fuesen prudentes y no obrasen jamas sin consejo, porque de otro modo se esponen á tomar los sueños por revelaciones y á imitar á las arañas, que pasan toda la vida trabajando unas telitas donde solo cogen moscas.

En quinto lugar queria que en medio de los asaltos del mundo y de sus vanidades, fuesen como ciertas rocas que crecen en medio de las olas, á lo que se dice, y viviesen como se cuenta de los alciones, que hallándose rodeados de agua, no respiran mas que el aire ni contemplan mas que los cielos, y nadando como los peces, cantan como las aves. "Ved aquí, decia el santo prelado, la imágen de una dama, que aunque en medio del mundo vive segun el espíritu de Dios, de suerte que entre los cebos y atractivos de la tierra, no tiene ojos y corazon mas que para el cielo, y viviendo con los hombres, solo tiene boca y espíritu para alabar y bendecir á Dios con los ángeles."

La sesta leccion que les daba, era practicar

esactamente los consejos de Salomon y los del Apóstol sobre la escesiva curiosidad; y queria que no deseasen saber mas que lo necesario, ni ocupasen inútilmente el entendimiento en adquirir una ciencia vana, que versando sobre objetos inútiles para el cumplimiento de los deberes de su estado, no puede menos de hinchar su corazon.

En sétimo lugar, era enemigo mortal de cierta piedad falsa, cuyo carácter es estar ociosa, y enseñó con frecuencia que la verdadera devocion de las mugeres consistia en pasar útilmente el tiempo, emplearle con un santo régimen, y sacar de él una ganancia provechosa para la eternidad.

En octavo lugar, aseguraba que una señora cristiana debe con especial cuidado huir de todo lo que puede sobresaltar el pudor: miraba el honor y la pureza como el alma de las mugeres, sin la cual no son mas que sepulcros vivos. Una vez se le oyó decir á una dama que vivia licenciosamente: "¡Dios mio! hija infeliz, ¿os atreveis á llevar rostro de muger con una alma de furia infernal? En verdad que si no mudais pronto de vida, pediré á todos vuestros parientes que os quiten un nombre que deshonrais."

En noveno lugar, no obligaba á sus penitentes á hacer una vida agreste, porque al contrario, les encargaba que viviesen segun su condicion en las tertulias, y que se prestasen á todas las pláticas y recreaciones convenientes á su calidad; pero queria que su virtud fuese de la clase del ave que se dice ser del paraiso y lleva su nombre, la cual se afirma que pasa toda la vida en la tierra sin fijarse jamas en ella, de modo que aun cuando quiere descansar, tiene ciertos filamentos pequeños, con los cuales se liga á las ramas de algun árbol, donde queda suspendido por algun tiempo. Así, queria

que si las mugeres llegan á aficionarse á alguna criatura, sea para descansar en Dios y fijarse en él, como los que pescan las perlas, y hallándolas dentro de las conchas de ostra, solo estiman el tesoro encerrado en ellas.

CON LAS PERSONAS PIADOSAS.—260. (*San Alfonso Ligorio*, números 96 y 97, 114 á 165, y 212 á 222.) A las mugeres piadosas que comulgan frecuentemente (1), les recomendareis en general que reciban el sacramento de la penitencia á lo menos una vez á la semana. Cuando no traen mas que imperfecciones que no son pecados veniales ciertos, podeis, dice Bonacina (2), absolverlas bajo condicion; pero yo no admito esta opinion sino en casos

[1] L. 6, núm. 432. V. 4 *Si dubitetur*.

[2] En los primeros siglos no se consideraba como frecuente la comunion que se hace cada ocho dias, y aun algunos santos autores muy cercanos á nosotros, no la miraban tampoco como tal. "Yo no he considerado jamas como frecuente, dice San Alfonso, la comunion semanal: se mira como tal la que se hace varias veces á la semana. Sabido es, añade, que despues del siglo X llegó á ser tan grande la tibieza de los fieles [que duró hasta el XVI], que poquísimos comulgaban tres veces al año, y el que lo hacia seis ó siete, era un prodigio; por lo cual se cuenta en la vida de San Francisco de Sales como una muestra de gran piedad, que su padre comulgaba todos los meses. Tambien se miraba como una cosa muy asombrosa que San Francisco de Borja, siendo todavía seglar, comulgase todos los domingos, y el pueblo decia que era demasiado; pero la gran frialdad de aquellos tiempos aciagos, no quita que digamos que no puede llamarse frecuente la comunion mensual ó semanal, porque segun la antigua disciplina de la Iglesia, mas bien debe llamarse rara que frecuente [*De la comunion frecuente*, págs. 7 y 31]." Este opúsculo del santo fué presentado al Papa Clemente XIII, quien quedó muy satisfecho, y dijo á aquel en la efusion de su corazon, que él mismo habia visto por su propia esperiencia cuán provechosa era al bien de las almas esta práctica [de la frecuente comunion], y le encargó que refutara la opinion de los hombres sistemáticos que sostenian lo contrario. De vuelta Alfonso á su casa, puso manos á la obra, y trabajó una erudita refutacion, que se imprimió inmediatamente y la presentó él mismo al Sumo Pontífice, quien quedó tan contento de la obrilla como admirado de la facilidad con que la habia concluido. [Vida del santo, pág. 354, estracto de los *Principios de direccion* por un confesor de teología, obra aprobada por el Ilmo. Sr. obispo del Puy.]

[*Nota del traductor francés.*]

raros, y cuando estas personas no pudieren señalar en su vida materia cierta, ó solo con gran dificultad. En lo demas, digo que cuando el penitente no presenta materia cierta, el confesor no está obligado á atormentarse para buscarla á fin de dar la absolucion; y en caso que la hubiese buscado sin hallarla, no tiene obligacion de absolver bajo condicion. Esto sucede cuando el penitente se acusa de imperfecciones que se duda si llegan á ser pecado venial; pero si se acusa de pecados veniales ciertos y habituales, de impaciencia, gula, distracciones y otras cosas semejantes, es menester ver, para absolverle, si se ha hecho violencia algunas veces y ha vencido su pasion. En este caso pueden mirarse sus faltas mas bien como efecto de la fragilidad humana que de falta de contricion y de propósito firme. Al contrario si cayese frecuentemente en semejantes culpas y sin hacer resistencia; entonces debe tratársele como reincidente (210).

CONTINUACION.—261. Guardaos de quitar á las personas piadosas, y sobre todo á las mugeres, que se dirijan á otro confesor. Cuando lo hacen, manifestadles alegría, y aun obligadlas á ir algunas veces con otros: esceptúo las almas muy escrupulosas, para las cuales serian de temer grandes inquietudes si se dirigieran á un confesor que no conociese el estado de su conciencia. No manifesteis nunca á ninguna persona deseos de dirigirla. No hableis jamas mal de los otros confesores; al contrario, disculpad prudentemente los errores en que hubieran podido incurrir. No os encargueis de los que quieren dejar á su confesor sin un motivo urgente, *nisi adsit urgens causa:* esta es la doctrina de San Felipe Neri, San Francisco de Sales y San Cárlos Borromeo. En efecto, de ahí na-

cen la disipacion espiritual, las divisiones, y á veces los escándalos. No basta para mudar de confesor que el penitente sienta una especie de repugnancia y aversion hácia él, ó que no tenga ya confianza en sus palabras, porque todo esto, como dice Santa Teresa, no suele ser mas que una tentacion del demonio. De aquí proviene este consejo de San Francisco de Sales: "No se ha de mudar de confesor sin gran causa; pero tampoco ha de ser uno invariable cuando sobrevienen razones legítimas de mudarle." Por lo demas, la falta de santidad puede ser un motivo justo de mudar de confesor, segun Santa Teresa, que dice: *Si el confesor está sujeto á alguna vanidad, conviene mudarle: siendo vano, hará vanos á sus penitentes.* La falta de ciencia puede ser tambien una razon poderosa de mudarle; pero es preciso que haya buenas pruebas de ello. En fin, Santa Teresa dice que en sus dudas puede el penitente muy bien, y aun á veces le es útil tomar consejo de otro director sábio.

CONTINUACION.—262. Evitad tambien toda parcialidad. Hay algunos que se aficionan á ciertas personas en particular, y para ellas es todo el celo, toda la diligencia y todo el tiempo. Verdad es que cierta persona puede necesitar mas asistencia que otra; pero una cosa es la asistencia, y otra el afecto que hace descuidar á los demas. Así, hareis bien en señalar un dia y una hora particular á esta persona mas necesitada, para que no sufran ningun perjuicio vuestros demas penitentes. No levanteis demasiado la voz al confesar á las personas piadosas, aun cuando no hableis de pecados, porque podreis hacer temer á los otros confesar sus culpas. No concedais fácilmente á las jóvenes piadosas licencia para cortarse el cabello y llevar al-

gun hábito de religion: antes de llegar á ese punto, cuidad de afirmarlas mucho tiempo en la devocion y en la virtud. ¡Cuántas se ven que por esta condescendencia inconsiderada de los confesores, dejan su trage y se casan, con gran escándalo de todo el mundo! No permitais tampoco que estas jóvenes aprendan á leer, y mucho menos á escribir, con hombres. ¡Cúantas doncellas inocentes han hallado la perdicion de su alma al recibir estas lecciones! Si no es una ocasion prócsima de pecado, á lo menos es peligrosísima. Que las enseñe, pues, una muger ó uno de sus hermanos jóvenes, y aun esto con precaucion: de otro modo, no les deis la absolucion. Tratad lo mismo á las madres que permiten esto. Finalmente, no consintais que las jóvenes corran á la ventura de iglesia en iglesia, ni permanezcan mucho tiempo en ella á riesgo de incomodar á sus padres; al contrario, exhortadlas á obedecerlos en todo y á hacer de buena gana cuanto ocurra en la casa. Ya os he dicho en el número 156 y siguientes, cómo y cuándo debeis huir de la familiaridad con vuestras penitentes. Pasemos ahora á hablar de la direccion de las personas piadosas.

MOTIVOS Y MEDIOS DE GUIARLAS A LA PERFECCION.—263. Estas palabras que dice el Señor á Jeremías: *Ecce constitui te super gentes, ut evellas et dissipes, et dedifices et plantes*, las dirige á todos los confesores, porque éstos deben no solamente arrancar los vicios del alma de sus penitentes, sino tambien plantar las virtudes. Conviene, pues, indicar aquí para los confesores nuevos los medios de guiar las almas piadosas á la perfeccion. No se debe alejar á los pecadores, como hemos dicho mas arriba; mas es una obra infinitamente agradable á Dios adornar sus esposas, es decir, cultivar las almas para

que sean enteramente suyas. Una alma perfecta le agrada mucho mas que mil imperfectas. Así, cuando veis una alma que vive esenta de pecados mortales, no debeis omitir medio alguno para introducirla en el camino de la perfeccion y del amor divino. Representadle las innumerables razones que tenemos de amar á un Dios que es ademas infinitamente amable, y el agradecimiento que debemos á Jesucristo, que nos amó hasta el punto de morir por nosotros. Hacedle conocer todo el peligro de las almas que llamadas por Dios á una vida mas perfecta, permanecen sordas á su voz. La direccion de confesor respecto de las almas piadosas, consiste principalmente en tres cosas: en la meditacion ó contemplacion, en la mortificacion y en la frecuencia de los Sacramentos. Vamos á ecsaminar cada una en particular.

LA MEDITACION.—264. Cuando encuentre el confesor una alma que aborrezca el pecado mortal y desee adelantar en el amor de Dios, debe primeramente persuadirla á hacer oracion mental, es decir, á meditar las verdades eternas y la bondad de Dios. Aunque la meditacion no sea nacesaria para la salvacion como la oracion, sin embargo, parece que la necesitan las almas para conservarse en gracia de Dios. El pecado es compatible con los otros ejercicios de piedad; pero el pecado y la meditacion son cosas que se escluyen: ó se dejará el pecado, ó se dejará la meditacion. *El alma que persevera en la meditacion*, decia Santa Teresa, *llegará ciertamente al puerto de salvacion, cualesquiera que sean los pecados que le haga cometer el demonio.* Por eso entre todos los ejercicios de piedad no hay ninguno de que procure el demonio apartarnos tanto como de este, *porque sabe muy bien*, añade la misma santa, *que una alma fiel á la oracion, es una alma perdida para él.* Ademas, el amor es el vínculo que une el alma con Dios: pues el horno en que se enciende este amor, es la oracion ó la meditacion: *in meditatione mea exardescet ignis* (1).

MODO DE HACERLA.—265. Empezareis, pues, por iniciar el alma en la práctica de la oracion, mandando que la haga al principio media hora cada dia: la duracion irá aumentando con su fervor. Tal ves os diga el penitente que no tiene tiempo ni lugar oportunos; pero no os pareis en esas dificultades. Decidle que á lo menos por la mañana ó por la tarde cuando esté mas tranquilo, ó durante su ocupacion cuando no puede de otro modo, levante su alma á Dios, y piense en las verdades de la fé, en las postrimerías, cuya memoria, sobre todo la de la muerte, es mas útil á los pricipiantes, ó en la pasion del Salvador, cuya meditacion conviene á todos. Si el penitente sabe leer, hará bien en servirse de un libro piadoso, á lo menos para entrar en oracion, como lo practicaba Santa Teresa. Decidle que escoja los asuntos que le inspiran mas devocion, y que se detenga cuando esperimente algun sentimiento bueno, y sustituya á las reflecsiones los actos, las peticiones ó las resoluciones. 1.° *Los actos*, es decir, actos de humildad, de accion de gracias, de fé, de esperanza, y sobre todo, actos multiplicados de contricion y caridad, ofreciéndose á la voluntad de Dios y poniéndose toda entera en sus manos: cuidará de repetir las mas veces que pueda el acto á que sienta mas aficion. 2.° *Peticiones:* de la peticion depende toda nuestra perfeccion, porque como dice San Agustin, el Señor no concede ordinariamente sus gracias, y so-

---

[1] Salmo XXXVIII, 4.

bre todo, la de la perseverancia, mas que á la peticion. El Salvador nos lo dijo: *Petite et accipietis;* luego el que no pide, concluye Santa Teresa, no alcanza. Síguese de aquí que si queremos salvarnos, es menster orar siempre, y sobre todo, pedir estas dos gracias, la perseverancia y el amor de Dios. Pero el tiempo mas á propósito para la peticion, es ciertamente el de la meditacion. El que no hace oracion, pide rara vez, porque rara vez se dedica á considerar las gracias que necesita y la necesidad de la oracion. Por eso el que no hace oracion, persevera dificilmente en la amistad de Dios. 3.° *Resoluciones*, para que la meditacion no sea estéril y el alma aproveche las luces que recibe en la oracion. No se debe jamas concluir ésta, dice San Francisco de Sales, sin tomar alguna resolucion particular, como evitar una falta en que se incurre con mucha frecuencia, ó practicar una virtud en que se conoce uno mas débil. Sobre todo esto, leed el núm. 300 y siguientes, donde os daré instrucciones para la oracion mental.

PEDIR CUENTA DE ELLA.—266. Ecsigireis á estas almas que os den cuenta de su oracion, y les preguntareis cómo la han hecho, ó si la han hecho. Obligadlas á acusarse, ante todas cosas, de haber omitido la oracion, si les ha acontecido esto, porque si abandonan la oracion, son perdidas. *El alma que abandona la oracion*, dice Santa Teresa, *no necesita del demonio para condenarse, que ella se pone con sus propias manos en el infierno.* ¡Oh Dios! ¡Cuánto bien pudieran hacer los confesores si fuesen un poco cuidadosos en esta parte! Pero ¡qué cuenta darán á Dios si no lo hacen, porque están obligados á emplear todos sus esfuerzos para procurar la utilidad de sus penitentes! ¡A cuántas almas podrian poner en el camino de la

perfeccion, y preservar de las recaidas en el pecado mortal, si tuvieran la atencion poco costosa de iniciarlas en la oracion, y preguntarles, á lo menos al principio de su vida espiritual, si la han hecho ó no! Cuando una alma se ha afirmado en la oracion, es raro que pierda á Dios. Por lo tanto, no debeis aconsejar la oracion solamente á las personas de Dios, sino tambien á los pecadores. ¿Por qué vuelven á su vómito? Porque ordinariamente no reflecsionan.

CONSOLAR EN LAS SEQUEDADES.—267. Debeis, sobre todo, tener cuidado de pedir cuenta de la oracion cuando vuestros penitentes se hallan en la aflicion espiritual. El Señor acostumbra atraer el alma que se entrega á él, con luces especiales, lágrimas y consuelos sensibles; pero al cabo de algun tiempo, cierra la fuente para levantar aquella á mayor perfeccion, apartándola de estas dulzuras sensibles, en las cuales se deslizan fácilmente alguna imperfeccion y algun resabio de amor propio. Sin duda los consuelos sensibles, y sobre todo los atractivos naturales, son dones de Dios; pero no son el mismo Dios. Así, para desprender á sus esposas de sus dones, y obligarlas en cierto modo á amar al donador con un amor mas puro, permite que no hallen ya sus antiguas delicias en la oracion, sino disgusto, aridez, penas y tentaciones. Tened el mayor cuidado de reanimar el valor de estas almas afligidas, no sea que dejen la oracion y las comuniones prescritas. Recordadle lo que decia San Francisco de Sales: *que una onza de oracion hecha en medio de la afliccion, pesa mas en la presencia de Dios, que cien libras hechas enmedio de los consuelos.* En efecto, el que ama á Dios por los consuelos, ama mas los consuelos de Dios que al mismo Dios; al contrario, el que priva-

do de todo consuelo le ama y camina en pos de él, ese demuestra que verdaderamente ama á Dios; esto en cuanto á la meditacion. Creo útil dar aquí algunas nociones á los confesores nuevos sobre la oracion infusa ó contemplacion, sobre sus diferentes grados, y sobre los otros dones sobrenaturales, con las reglas trazadas por los maestros de la vida espiritual, para la conducta de las almas, á quienes Dios favorece con semejantes gracias.

ADVERTENCIAS SOBRE LA CONTEMPLACION.—268. Si encontrais una alma que haya recibido el don de la contemplacion, debeis conocer bien el método de conducirla y preservarla de las ilusiones: de otro modo, le causareis mucho mal y dareis gran cuenta á Dios, dice San Juan de la Cruz. La contemplacion se diferencía mucho de la meditacion. En ésta se busca á Dios por el esfuerzo del pensamiento; en la contemplacion se ve sin fatiga á Dios hallado ya. En la meditacion obra el alma por su propia virtud: en la contemplacion es Dios quien obra, mientras que el alma está *pasiva* recibiendo los dones derramados en ella por la gracia, sin que ella obre de ningun modo. En efecto, la luz y el amor divino de que está llena, la hacen amorosamente atenta á contemplar la bondad de su Dios, que la colma entonces de sus preciosos favores.

SUS DIFERENTES GRADOS.—269. Es menester que os acordeis tambien que antes de conceder el Señor á las almas el don de la contemplacion, las introduce de ordinario en la oracion de recogimiento ó quietud contemplativa, segun la espresion de los maestros de la vida espiritual. Todavía no es esta la contemplacion infusa, porque el alma se halla aún en el estado activo. Este *recogimiento* (hablo aquí del recogimiento natural; en el núm. 274 hablaré del sobrenatural) se verifica cuando

el espíritu no tiene necesidad de salir en cierto modo fuera para considerar un misterio ó una verdad de la fé, sino que desprendido de las criaturas y retirado, por decirlo así, dentro del alma, considera no solamente sin fatiga, sino con una gran suavidad, aquella verdad ó aquel misterio. *La quietud contemplativa* es casi lo mismo: la única diferencia está en que en el recogimiento el alma permanece aplicada á un pensamiento piadoso en particular, mientras que en la quietud la fija y la atrae amorosamente hácia Dios un conocimiento general de Dios. Aunque este recogimiento ó quietud contemplativa sea una oracion natural, sin embargo, cuando el alma le esperimenta, debe no solamente suspender la meditacion, sino tambien los actos de voluntad, de amor, de ofrecimiento y de resignacion, y permanecer amorosamente unida á Dios en una quietud absoluta: esto es lo que dicen algunos místicos; pero no puedo seguir su opinion.

No niego que el alma debe cesar de meditar cuando está suficientemente recogida, porque ha hallado sin esfuerzo lo que buscaba, por cuanto la meditacion ordinaria, como dice muy bien el padre Señeri (1), produce muy pronto la contemplacion que se llama adquirida, y que de una sola mirada conoce las verdades cuyo conocimiento era antes fruto de la reflecsion y del trabajo; pero ¿por qué en este estado ha de abstenerse el alma de los actos buenos de la voluntad? Al contrario, ¿qué ocasion mas favorable para producirlos que este recogimiento? Es verdad que San Francisco de Sales aconseja á Santa Juana Francisca que no produzca ningun acto nuevo cuando se halle uni-

---

[1] *Concordia entre el ejercicio y la quietud*, part. 1.ª, c. 1.º, núm. 1.º

da á Dios en la oracion; pero ¿por qué? Porque la santa gozaba ya de la contemplacion pasiva. Mas cuando el alma se halla aún en el estado activo, ¿cómo los actos buenos de la voluntad han de poder impedir las operaciones de la gracia? El mismo santo indicaba á las almas piadosas que dirigia, que hicieran cierto número de aspiraciones durante aquel tiempo. Si el alma está en el estado de contemplacion pasiva, entonces, aunque no adquiera ningun mérito, porque no obra, sin embargo, recibe gran vigor para obrar despues con mas perfeccion; al contrario, en el estado activo, para merecer, debe obrar produciendo actos de su voluntad. "Así, concluye muy bien el padre Señeri, cuando Dios habla y obra, el alma debe callar y suspender sus operaciones; y lo mas que debe hacer, es prestar al principio una atencion llena de amor á las operaciones divinas. Si Dios no habla, el alma debe recurrir, para unirse á él, á la meditacion, á los afectos, á las peticiones y á las resoluciones segun la necesidad. Pero estos actos ya se entiende que deben hacerse sin esfuerzo, eligiendo el alma con preferencia aquellos á que tenga mas aficion."

CONDUCTA DE DIOS.—270. Acordaos que Dios antes de hacer entrar el alma en la contemplacion, acostumbra probarla con la *aridez* sobrenatural para purificarla de sus imperfecciones, que son obstáculos á la contemplacion. Distínguense la aridez *sensible* y la aridez *sustancial;* de ésta hablaremos en el número siguiente. La aridez *sensible*, cuando es natural, va acompañada de tedio á las cosas de Dios y de tinieblas menos densas y durables. Cuando es sobrenatural, precipita el alma en una oscuridad muy profunda, mas durable y siempre creciente. Sin embargo, en este estado el

alma se siente por una parte mas desprendida de las criaturas y mas ocupada en Dios, á quien desea con ardor y constancia amar perfectamente, pero por otra parte, se ve en una especie de impotencia de realizar sus deseos, á causa de sus imperfecciones, que le parece que atraen el odio de Dios: á pesar de todo, no deja de ejercitarse animosamente en la práctica de la virtud. Esta aridez sensible, es una accion de la gracia, una luz sobrenatural; pero una luz acompañada de pena y de tinieblas. Queriendo comunicarse inmediatamente esta luz, y encontrando los sentidos y facultades del alma poco aptos para recibirla á causa de los afectos sensibles y en cierto modo materiales, ocasiona al alma estas tinieblas, muy penosas á la verdad, pero muy útiles. Gracias á ellas, el alma se desprende de todos los placeres sensibles, corporales ó espirituales, y adquiere ademas un gran conocimiento de su miseria y de su impotencia para hacer nada bueno, así como un gran respeto á Dios, á quien se representa magestuoso y terrible. Alentad el alma que halleis en este estado, y decidle que espere grandes cosas de Dios que la trata así, y que no se atormente en meditar, sino que se humille, se ofrezca al Señor, y se abandone con entera resignacion á las disposiciones siempre bondadosas de su amabilísima voluntad.

CONTINUACION.—271. Despues de haber purificado el alma de todo afecto sensible, acostumbra el Señor comunicarle el don de la contemplacion, de recogimiento sobrenatural, de quietud y de union. De esto hablaremos mas abajo. Pero antes de la union y despues del recogimiento y la quietud, la prueba de ordinario con la *aridez espiritual*, llamada por eso aridez *sustancial*. Dios quiere así que el alma se anonade en sí misma. La aridez

del sentimiento es una sustraccion de la devocion sensible: la aridez del espíritu es una luz celestial por la cual hace Dios conocer al alma su nada. Entonces es cuando el alma se halla en la mas cruel agonía. Por un lado se siente mas resuelta que nunca, á vencerse en todo y servir á Dios; y por otro, conociendo muy bien sus imperfecciones, le parece que Dios la rechaza y la abandona á causa de sus ingratitudes. Los ejercicios de piedad, las oraciones, las comuniones y las mortificaciones, no sirven sino para afligirla mas, porque practicándolas con el mayor disgusto y pena, cree que la hacen mas culpable y odiosa á Dios. Algunas veces les parece á estas pobres almas que tienen odio á Dios, que el Señor las ha reprobado ya, y que empieza desde esta vida á hacerle sentir las penas del infierno abandonándolas. Otras veces permite Dios que esta afliccion vaya acompañada de otras mil tentaciones y movimientos de impureza, ira, blasfemia, incredulidad y sobre todo, desesperacion. No pudiendo distinguir bien la resistencia de la voluntad en esta estraña confusion y en esta oscuridad profunda, temen haber consentido, y en consecuencia se creen mucho mas abandonadas de Dios. Sin embargo, ha habido resistencia; pero las tinieblas en que están envueltas, no las dejan conocerla, á lo menos con certeza.

CONDUCTA DEL CONFESOR.—272. Si encontrais una alma de este carácter, que caminando por la senda de la perfeccion se crea abandonada de Dios, no os asusteis á vista de esta confusion, ni con la relacion de sus sentimientos de temor y desesperacion. Guardaos de aparecer tímido ó perplejo: al contrario, exhortadla con vigor á no temer nada, y á poner mas que nunca su confianza en Dios, diciéndole lo que el Salvador mismo dijo un dia á Santa Teresa, que nadie pierde á Dios sin saber que le pierde. Decidle que todas esas tentaciones de blasfemias, incredulidad y desesperacion, no son consentimientos, sino penas, que sobrellevadas con resignacion, hacen mas íntima su union con Dios. Decidle que el Señor no puede aborrecer una alma que le ama y tiene buena voluntad; y que así trata á las almas mas queridas de su corazon. *Con las sequedades y tentaciones*, decia Santa Teresa, *prueba el Señor á sus amigos. Aun cuando la sequedad durase toda la vida, no debe el alma abandonar la oracion: tiempo vendrá en que todo sea pagado.* ¡Escelente instruccion para una alma afligida! Exhortadla, pues, á esperar firmemente grandes cosas, porque Dios la guia por el camino mas seguro, el camino de la cruz. Entretanto decidle: 1.° Que se humille y reconozca digna de tal tratamiento, á causa de sus infidelidades pasadas. 2.° Que se resigne enteramente á la voluntad de Dios, ofreciéndose á sufrir estas penas y aun otras mayores, segun sea de su agrado. 3.° Que se abandone como si estuviera muerta en los brazos de la divina bondad y en la proteccion de María, á quien llama la Iglesia Madre de misericordia y consuelo de los afligidos.

DIFERENTES ESPECIES DE CONTEMPLACION.—273. La aridez sensible dura hasta que se purifiquen los sentidos y el alma esté apta para la contemplacion: la aridez del espíritu dura hasta que el alma esté apta para la union divina. Notad, pues, que despues de la union permite el Señor á veces la reproduccion de aquella aridez para que el alma, dice Santa Teresa, no se descuide, y conozca de cuando en cuando su nada. Luego que los afectos es-